

# LA ESPIRITUALIDAD DE LAUDES Y VÍSPERAS

FÉLIX MARÍA AROCENA

SUMARIO: 1. INTRODUCCIÓN. 1.1. *Coloquio del «Christus totus» con el Padre.* 1.2. *El salterio y la exploración del «mysterium Christi».* 2. LA HORA DE LAUDES. 2.1. *Los salmos de Laudes.* 2.2. *La espiritualidad de la hora de Laudes.* 2.3. *La resurrección de Cristo.* 2.4. *La adoración en Espíritu y Verdad.* 3. LA HORA DE VÍSPERAS. 3.1. *Los salmos de Vísperas.* 3.2. *La espiritualidad de la Hora de Vísperas.* 4. CONCLUSIÓN.

*Resumen:* La liturgia de las Horas es precisamente eso: liturgia y, por tanto, realidad eclesial ínsita en el estatuto teológico de la celebración cristiana. Desde esta perspectiva, el autor se acerca a la dimensión espiritual que encierra la celebración vespertina y matinal de la plegaria que realiza la Iglesia en su *continuum* celebrativo. La celebración del oficio es contemplada como participación simbólica y eficaz, por consiguiente, sacramental, en la oración de Cristo que se dirige con la plenitud de su cuerpo, la Iglesia, al Padre en el *Pneuma* del Señor. Muestra cómo el salterio abre sus riquezas cuando el corazón orante de la Iglesia acude a él para rendir el homenaje de alabanza doxológica a Dios y propone una contemplación sapiencial en torno al misterio de la resurrección de Cristo y la adoración en espíritu y verdad.

*Palabra clave:* Liturgia de las Horas.

*Abstract:* The Liturgy of the Hours is precisely what it says, liturgy, and thus, ecclesiastical reality as part of the theological statues of Christian celebration. From this perspective, the author approaches the spiritual dimension which is included in the morning and evening prayer ceremonies which the Church carries out in its celebratory *continuum*. The celebration of the rite is considered a symbolic and efficient means of participation, and thus sacramental, in the prayer of Christ which is offered through its whole body, the Church, to the Father in the *pneuma* of the Lord. It shows how the Psalter offers its riches when the praying heart of the Church uses it to pay homage of doxological praise to God and suggests a sapiencial meditation on the Mystery of the Resurrection of Christ and adoration in spirit and truth.

*Keyword:* Liturgy of the Hours.

Hace casi cuarenta años, cuando J. Pinell asumió la cátedra *De Officio divino* en el *Pontificio Istituto Liturgico Sant'Anselmo* de Roma, considerando la orientación didáctica del tratado que le correspondía exponer, concibió el título *De liturgia laudis*<sup>1</sup>. En efecto, la celebración de la Liturgia de las Horas se resuelve, en definitiva, en una Liturgia de alabanza. Es la oración que mejor congenia con la Iglesia, aquella en la que mejor se reconoce a sí misma<sup>2</sup>.

## 1. INTRODUCCIÓN

### 1.1. *Coloquio del «Christus totus» con el Padre*

El cántico de alabanza que resuena eternamente en las moradas celestiales y que Jesucristo, Sumo Sacerdote, introdujo en este destierro, ha sido continuado (*prosequi*) fiel y constantemente por la Iglesia<sup>3</sup>. Éstas son las palabras iniciales de la Constitución Apostólica *Laudis canticum* de Pablo VI, verdadera piedra miliar en la reforma litúrgica del Oficio divino. A lo largo de sus páginas aflora —proveniente del tesoro de la antigua tradición monástica—,<sup>4</sup> el concepto de oración como coloquio de Cristo, y su cuerpo místico, con el Padre. Y ¿cuál es el medio por el que se realiza aquella continuación, aquella prolongación (*prosequi*)? la celebración de la Liturgia de las Horas. A través de ella, participamos de una manera simbólica y eficaz, por consiguiente, sacramental, en la oración de Cristo que se dirige con la plenitud de su cuerpo, la Iglesia, al Padre en el *Pneuma* del Señor<sup>5</sup>.

1. Cfr. J. PINELL, «Liturgia delle Ore», en *Anamnesis* 5, Genova 1991, 5. J. PINELL (1921-1997) profesó en el abadía benedictina de Montserrat en 1947 y fue ordenado presbítero en 1953. Estudió en Lovaina y en Roma donde, durante veinticinco años, fue profesor del *Pontificio Istituto Liturgico Sant'Anselmo*. Fue autor de numerosos estudios, especialmente sobre el rito hispánico, y, desde 1982, Director de la Comisión para la revisión de los libros litúrgicos hispano-mozárabes. Era también miembro de diversas instituciones culturales catalanas.

2. OGLH 18 y 20: «Los fieles expresan en su vida y manifiestan a los otros “el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia”, que tiene como propiedad el ser “visible y dotada de elementos invisibles entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina”» (n. 18). «La Liturgia de las Horas, como las demás acciones litúrgicas, no es una acción privada, sino que pertenece a todo el cuerpo de la Iglesia, lo manifiesta e influye en él...» (n. 20).

3. Cfr. PABLO VI, Const. Ap. *Laudis canticum, proemium*.

4. Cfr. Directorio de la Liturgia monástica de las Horas 4.

5. SC 84; OGLH 6-7.

Así el diálogo del Verbo con el Padre, del cual procede el Espíritu Santo, asume dimensiones humanas en la Liturgia de las Horas<sup>6</sup>. Cristo, que «lleva en Sí mismo todo el mundo íntimo de la divinidad, todo el misterio trinitario y a la vez el misterio de la vida en el tiempo y en la inmortalidad»,<sup>7</sup> continúa orando en sus miembros y la oración de éstos prolonga en la tierra el coloquio eterno intratrinitario. El testimonio orante de Jesús ha sido siempre punto de referencia para los cristianos de todos los tiempos. Tal es, pues, el calado de esta *actio liturgica* que constituye la celebración del Oficio divino.

Que la espiritualidad litúrgica es, entre otras características, una espiritualidad cristocéntrica, lo han puesto de relieve muchos autores, entre los que destaca, por su autoridad, el abad benedictino italiano, S. Marsili († 1983)<sup>8</sup>. Para la primitiva comunidad cristiana Jesucristo fue, ya desde los comienzos, el objeto de su plegaria. La oración de la comunidad estaba centrada en Cristo porque él era el motivo esencial de la acción de gracias a Dios y el fundamento de toda esperanza para los fieles. En la primeva oración cristiana se aprecia una tensión de búsqueda tendente a penetrar en una comprensión siempre más lúcida del misterio de Cristo y de su obra salvífica. Los primeros cristianos percibían hasta qué punto eran grandes las riquezas de Verdad y Amor que podían alcanzarse reflexionando sobre él. De esta riqueza cristológica bebe la Liturgia de las Horas, la cual actualiza —desde su centro y en el marco de la *historia salutis*— el misterio pascual de Cristo. Y, en esa oración, «el libro de los salmos es insustituible»<sup>9</sup>.

## 1.2. *El salterio y la exploración del «mysterium Christi»*

*Disce cor Dei in verbis Dei.* Se trata de una expresión contundente de Gregorio Magno<sup>10</sup>: «Aprende cómo es el corazón de Dios en las pala-

6. Cfr. B. BAROFFIO, «I fondamenti teologico-spirituali della Liturgia delle Ore», en AA. VV., *Esperienza cristiana della preghiera. Per celebrare e vivere la Liturgia delle Ore*, Milano 1978, 65. Cit. por J.J. FLORES, «Orar en comunidad: la liturgia de las Horas», *Phase* 197 (1993) 399.

7. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Barcelona 1994, 61.

8. Cfr. S. MARSILI, *Los signos del misterio de Cristo*, Bilbao 1993, 453 ss.

9. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Barcelona 1994, 39.

10. GREGORIO MAGNO, *Epistula* 40.

bras de Dios». Palabras, en nuestro caso, contenidas en esa mansión de la Escritura que es el salterio, donde convergen todas las luces del Antiguo Testamento para fundirse en el entusiasmo del amor y de la acción de gracias. Si es un pecado pictórico pretender comprender un cuadro con una rápida mirada de soslayo, sin advertir la intensidad y contraste de colores, sin hacerse cargo de las luces y sombras, sin dimensionar la perspectiva ni valorar cada uno de los detalles, sin meterse contemplativamente en el cuadro, no es menos pecado estético recitar un poema —los salmos lo son— atropellando con burda prosa<sup>11</sup>.

No hay ningún libro de la Biblia que no tenga su resonancia en el libro de los salmos. En efecto, la cultura del pueblo de Israel, centrada absolutamente en el valor humano de la palabra, y completamente consagrada al culto de Dios que se manifiesta a su pueblo mediante la palabra, produjo este singular monumento de oración que el salterio.

El Antiguo Testamento, en su integridad, es una anticipación figurada de los grandes misterios de la nueva alianza, pero especialmente los salmos están tan sumergidos en una atmósfera cristológica, que son una alusión continua —aunque de intensidad variable— a la persona de Cristo. Todo sucede como si al principio de la partitura bíblica se encontrase escrita, como clave musical que todo lo determina, la presencia de Cristo<sup>12</sup>.

El tema no es nuevo; por el contrario, aparece enraizado en la más antigua tradición cristiana. De hecho, Ambrosio y Agustín, Orígenes e Hilario, Casiodoro y Arnobio concuerdan en el mismo principio: Cristo es el personaje más eminente del salterio. En sus comentarios a los salmos le buscaron movidos por un deseo de fidelidad a la palabra inspirada, según la cual «es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en los salmos acerca de mí»<sup>13</sup>.

Ya desde los albores de la revelación neotestamentaria, este mismo deseo de conocer a Jesús en lo más íntimo de su sensibilidad humana había llevado al autor de la epístola a los Hebreos a describir el primer sen-

11. Cfr. A. APARICIO y J.C. REY, *Los salmos, oración de la comunidad*, Madrid 1991, 18.

12. *Ibid.*, 21.

13. Lc 24, 44.

timiento de sumisión del Hijo de Dios, hecho Hombre, a su Padre eterno sirviéndose de las palabras de un salmo. En efecto, Hb 10, 5-7 coincide y viene a ser la cita textual del Ps 39, 7-9<sup>14</sup>. Además, el primer discurso de Pedro, tal y como lo encontramos en los Hechos de los Apóstoles, no es otra cosa sino una exposición de la cuestión de la divinidad de Cristo, estructurada precisamente sobre un mosaico de citas sálmicas<sup>15</sup>. Por último, en los sinópticos se opera también el recurso a la misma técnica cuando, a la hora de describir los acontecimientos de la Pasión, se acude al vocabulario propio de algunos salmos, interpretados en sentido cristológico.

Una parte de lo que Jesús habló con su Padre celestial, durante su vida en la tierra, ha quedado velado en el ámbito de la intimidad de su existencia. Lucas nos presenta a Jesús hablando en la intimidad con su Padre en nueve ocasiones<sup>16</sup>. En el evangelio de Juan, en cambio, algunas veces no es fácil distinguir con precisión cuándo nos presenta las palabras exactas de la oración de Jesús, pues el evangelista parece mezclar las palabras propias del Señor —las *ipsissima verba Iesu*—, con reflexiones del mismo evangelista. Mateo y Marcos son algo más claros a este respecto.

Los primeros cristianos se esforzaron por interpretar la figura de Cristo sirviéndose de las páginas del Antiguo Testamento. Como dice B. Fischer, «la Iglesia de los mártires no se contenta viendo en el salterio un puñado de pasajes iluminados por la luz de Cristo; todo el salterio es para ella un libro profético que tiene su cumplimiento en Cristo»<sup>17</sup>. Y así, por ejemplo, del mismo modo que el poema del Siervo de Yahvé sirvió para encuadrar la figura de Jesús en la historia de la revelación de Dios<sup>18</sup>, así también los salmos han permitido a los primeros cristianos intuir al-

14. Hb 10, 5-7: «Por eso, al entrar en el mundo, dice: Sacrificio y ofrenda no quise, pero me preparaste un cuerpo; los holocaustos y sacrificios por el pecado no te han agradado. Entonces dije: He aquí que vengo, como está escrito de mí al comienzo del libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad».

Ps 39, 7-9: «Ni sacrificio ni oblación querías, pero el oído me has abierto; no pedías holocaustos ni víctimas, dije entonces: Heme aquí, que vengo. Se me ha prescrito en el rollo del libro hacer tu voluntad. Oh Dios mío, en tu ley me complazco en el fondo de mi ser».

15. Cfr. Act 3, 12 ss.

16. Cfr. P. GRELOT, *Las palabras de Jesucristo*, Barcelona 1988, 299-340.

17. B. FISCHER, *Le Christ dans les psaumes*, La Maison-Dieu 27 (1951) 92.

18. Is 52-53.

gunos sentimientos y pensamientos que movieron el ánimo del Maestro, en el momento en que acaecieron algunos hechos cuyo significado los mismos discípulos confesaron después no haber entendido.

El salterio viene a ser como un nuevo evangelio —aunque tampoco sea nuevo, sino mucho más antiguo aún que él— pero donde, por la analogía de la fe escriturística, encontramos, de hecho, vetas magníficas en la exploración de aquello que debe ocupar nuestras mejores empeños: la exploración del *mysterium Christi*<sup>19</sup>. La idea proviene de Juan de la Cruz: «... hay mucho que ahondar en Cristo, porque es como una abundante mina con muchos senos de tesoros, que, por más que se ahonde, nunca se halla fin ni término, antes se va hallando en cada seno nuevas venas de nuevas riquezas acá y allá»<sup>20</sup>. Haciéndose eco de este mismo pensamiento, un autor contemporáneo ha escrito: «Hace ya muchos años, casi una vida entera, que por la gracia y con la ayuda de otros hombres, busco apasionadamente a Cristo. Sé que del todo no lo encontraré hasta pasar el umbral de la eternidad, y que aquí le encuentro mientras busco sin cesar. No me cabe en el alma la gratitud que siento por todos los que me han venido ayudando, guiando y sosteniendo en esa búsqueda con su ejemplo, con su consejo, con su aliento...»<sup>21</sup>.

La Liturgia de las Horas no se habría conformado jamás, o, al menos, no se hallaría radicada de modo tan profundo en la tradición, si las primeras generaciones de cristianos no hubieran tomado conciencia de la contribución sustantiva que la salmodia era capaz de prestar en orden a una continua indagación del designio de la salvación, concentrado y personificado en Cristo.

También en nuestros días —y la Ordenación general de la Liturgia de las Horas es un buen exponente—<sup>22</sup> el Espíritu Santo, que ha inspira-

19. Es oportuno, a este respecto, hacer mención aquí de la súplica que contiene la oración colecta del primer domingo de Cuaresma: «Al celebrar una año más la santa Cuaresma concédenos, Dios todopoderoso, avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud». Si comparamos esta traducción con el original latino, encontramos que la expresión «misterio de Cristo» corresponde al sintagma latino *arcanum Christi*. De otra parte, la expresión castellana «santa Cuaresma» es una versión algo diluida del original *quadagesimale sacramentum*. Se ha perdido el *quid* sacramental que, como enseña la teología litúrgica, caracteriza al año de la Iglesia.

20. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, canción 37, 4.

21. C. CARDÓ, *Emmanuel*, Madrid 1989, 10 (del prólogo de Carlos Cardona).

22. OGLH 104-109.

do los salmos, sigue ayudando a los que se sirven de ellos para su oración, de manera que se sientan inmersos en la *historia salutis*, siempre en acto durante las celebraciones litúrgicas. Para el cristiano, rezar con los salmos supone saberlos decir en unión con toda la Iglesia, con Cristo y en Cristo. Desde este punto de vista se puede decir que «el salterio recoge la extraordinaria experiencia de un pueblo que sabía orar, o sea, que en las más diversas circunstancias de la vida sabía comunicar al Señor sus propios sufrimientos, las esperanzas, los gozos y el agradecimiento, que por lo demás son comunes a todos los hombres. Desde el momento en que Jesús hizo suyos los salmos, éstos pasaron a ser verdaderamente una escuela de oración para los hombres de todos los tiempos que desean ser sus discípulos»<sup>23</sup>.

Es posible, pues, atisbar con asombro, llenos de respeto, desbordados, la intimidad que esconde la persona adorable de Cristo y entender mejor —*in quantum humana sinit infirmitas*— el evangelio a la luz de los salmos. Pues, como decía el beato cardenal I. Schuster, el evangelio nos ofrece la historia de Jesús, pero los salmos expresan su psicología. Y no olvidemos que, con palabras de un Padre del desierto, en el caso de los salmos, un solo versículo puede llenar valles y excavar abismos<sup>24</sup>.

## 2. LA HORA DE LAUDES

La Ordenación general de la Liturgia de las Horas dedica un párrafo a describir la oración matutina de la Iglesia<sup>25</sup>:

«Las laudes matutinas están dirigidas y ordenadas a santificar la mañana, como salta a la vista en muchos de sus elementos. San Basilio expresa muy bien este carácter matinal con las siguientes palabras: “Al comenzar el día, oremos para que los primeros impulsos de la mente y del corazón sean para Dios, y no nos preocupemos de cosa alguna antes de habernos llenado de gozo con el pensamiento en Dios, según está escrito: ‘Me acordé del Señor y me llené de gozo’, ni empleemos nuestro cuerpo en el trabajo antes de poner por obra lo que fue dicho: ‘a ti te supli-

23. Cfr. J. GIBERT, «Los salmos», en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Madrid 1989, 1851.

24. Cit. en H. RAGUER, *Orar los salmos en cristiano*, Dossiers CPL 43, Barcelona 1990, 66-67.

25. Cfr. OGLH 38.

co, Señor, por la mañana escucharás mi voz, por la mañana te expongo mi causa y me quedo aguardando” Esta Hora, que se celebra con la primera luz del día, trae, además, a la memoria el recuerdo de la resurrección del Señor Jesús, que es la luz verdadera que ilumina a todos los hombres y “el sol de la justicia”, “que nace de lo alto”. Así se comprende bien la advertencia de san Cipriano: “Se hará oración por la mañana para celebrar la resurrección del Señor con la oración matutina”».

Para entender mejor el por qué de los diversos aspectos implicados en este texto, ayuda adentrarse en las leyes internas que rigen el *cursus* de los salmos matutinos en el Oficio divino. Desde los datos que diamanan de la teología de los salmos se desprenderá naturalmente la espiritualidad propia del oficio de laudes.

### 2.1. *Los salmos de Laudes*

Los salmos que la Iglesia canta por las mañanas son un total de cincuenta y cuatro; algo más, por tanto, de la tercera parte de todo el salterio. No todos los salmos sirven para expresar lo mismo, ni todos tienen un idéntico valor oracional.

En el año 1971, con la publicación de la edición típica de la *Liturgia Horarum*, se inauguraba en la Iglesia una nueva distribución del salterio. En la actualidad, está ordenado según un esquema de cuatro semanas. Para laudes, los salmos se emplean una sola vez, exceptuados los más significativos, que se repiten dos veces. El primer salmo suele tener un carácter matutino y el último, manteniendo una antiquísima tradición, es siempre un salmo de alabanza<sup>26</sup>. Por esta razón, en laudes, el cántico veterotestamentario ocupa la posición intermedia entre los dos salmos: el matinal y el doxológico<sup>27</sup>.

26. J. GIBERT, «Los salmos», en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Madrid 1989, 1866.

27. En vísperas, por el contrario, el cántico ocupa el último lugar de la salmodia, es decir, tras los dos salmos que le preceden. El motivo es que, en la oración eclesial vespertina, el cántico es siempre del Nuevo Testamento. Como quiera que también la lectura breve es siempre del Nuevo Testamento, no sería procedente que entre el cántico neotestamentario y la lectura neotestamentaria mediara un poema de la primera alianza. La disposición de los elementos bíblicos está al servicio de reflejar expresivamente la unidad de ambos Testamentos.

En el actual oficio de laudes hay salmos que ya fueron escogidos por los antiguos como propios de esta hora debido a su carácter matinal y aún hoy perduran porque hay detrás una gran tradición litúrgica que los ha empleado por la mañana durante más de quince siglos<sup>28</sup>. Otros, lejos de constituir un mero elenco indiscriminado de textos colocados al azar, han sido cuidadosamente seleccionados por la reforma postconciliar<sup>29</sup>.

Entre las motivaciones por las que los especialistas del *cætus* incorporaron estos salmos a laudes encontramos las siguientes: los salmos matutinos entrañan profecías del misterio pascual, celebrado diariamente en la hora de laudes. Sería el caso, por citar un ejemplo, de: «¡Puertas, levantad vuestros dinteles, alzaos, portones antiguos, para que entre el rey de la gloria! ¿Quién es ese rey de gloria? Yahveh, el fuerte, el valiente, Yahveh, valiente en la batalla. ¡Puertas, levantad vuestros dinteles, alzaos, portones antiguos, para que entre el rey de la gloria! ¿Quién es ese rey de gloria? Yahveh Sebaot, él es el rey de gloria»<sup>30</sup>.

En otras ocasiones, los salmos de laudes invitan a celebrar a Dios en la mañana. Sería el caso de: «A punto está mi corazón, oh Dios, mi corazón a punto; voy a cantar, voy a salmodiar, ¡gloria mía, despierta!, ¡despertad, arpa y cítara!, ¡a la aurora he de despertar! Te alabaré entre los pueblos, Señor, te salmodiaré entre las gentes; porque tu amor es grande hasta los cielos, tu verdad hasta las nubes. ¡Álzate, oh Dios, sobre los cielos, sobre toda la tierra, tu gloria!»<sup>31</sup>.

Otras veces, los salmos matinales contienen expresiones de deseo y hambre de Dios, muy oportunas para el inicio de la jornada. Lo vemos reflejado en el salmo 62, el salmo matinal por excelencia: «Como cuando en el santuario te veía, al contemplar tu poder y tu gloria, —pues tu amor es mejor que la vida, mis labios te glorificaban—, así quiero en mi vida bendecirte, levantar mis manos en tu nombre; como de grasa y médula se empapará mi alma, y alabaré mi boca con labios jubilosos. Cuando pienso en ti sobre mi lecho, en ti medito en mis vigias, porque tú

28. Por ejemplo los salmos 5, 42, 50, 62, 64, 89, 99, 148, 149, 150.

29. Para un conocimiento más exhaustivo de estos criterios, puede consultarse con provecho P. FARNÉS, «Los salmos de laudes», en *Orar los salmos en cristiano*, Dossiers CPL 43, Barcelona 1990, 68 ss. Así, por ejemplo, los salmos 23, 41, 56, 76, 79, 83, 85, 86, 117, 118, 145, 152.

30. Ps 23, 7-10.

31. Ps 56, 8-12.

eres mi socorro, y yo exulto a la sombra de tus alas; mi alma se aprieta contra ti, tu diestra me sostiene»<sup>32</sup>.

La salmodia de laudes alude repetidamente a la aparición de la «luz» del rostro de Dios: «¡Despierta tu poderío, y ven en nuestro auxilio! ¡Oh Dios, haznos volver, que brille tu rostro, para que seamos salvos! ¡Oh Dios Sebaot, haznos volver, y brille tu rostro, para que seamos salvos! ¡Oh Yahveh, Dios Sebaot, haznos volver, y que brille tu rostro, para que seamos salvos!»<sup>33</sup>.

No es raro que incluyan cantos de tipo escatológico referidos a la futura ciudad mesiánica inaugurada con la resurrección de Cristo: «Ama Yahveh las puertas de Sión más que todas las moradas de Jacob. Glorias se dicen de ti, ciudad de Dios. “Yo cuento a Ráhab y Babel entre los que me conocen Tiro, Filistea y Etiopía, fulano nació allí.” Pero de Sión se ha de decir: “Todos han nacido en ella”, y quien la funda es el propio Altísimo. Yahveh a los pueblos inscribe en el registro:

“Fulano nació allí”, y los príncipes, lo mismo que los hijos, todos ponen su mansión en ti»<sup>34</sup>.

Curiosamente, debido a motivos de tipo histórico (supresión de la hora de Prima, etc.), el salmo 117, que es el salmo pascual por excelencia, el texto sálmico más expresivo de la acción de gracias por la victoria pascual del Señor, no se recitó en los laudes de los domingos —salvo Cuaresma y la antigua Septuagésima— hasta 1971.

## 2.2. *La espiritualidad de la hora de Laudes*

Acabamos de exponer que algunos salmos de laudes se han seleccionado por el hecho de que el misterio pascual de Cristo encuentra en ellos una adecuada expresión profética. Esto nos lleva a relacionar la hora de laudes con Cristo y su misterio pascual, es decir, nos conduce a considerar, aunque sea brevemente, el sentido litúrgico-espiritual de la oración eclesial matutina.

32. Ps 62, 3-9.

33. Ps 79, 3.4.8.20.

34. Ps 86.

Es bien sabido que los judíos, como en general todos los orientales, contaban el día a partir del ocaso del sol. La jornada concluía con las últimas luces de la tarde. Desde ese momento comenzaba un nuevo día. El recogimiento vital, propio de la noche, marcaba el inicio de una nueva etapa de tiempo, de una nueva jornada. De este modo, la primera etapa del día, o sea la noche, significaba la gestación, la espera de la actividad luminosa de la mañana siguiente. La ofrenda matutina que se realizaba cotidianamente en el Templo correspondía a la aparición de la luz, al momento de retomar la actividad laboral<sup>35</sup>. Al momento, si se quiere, de la manifestación de la vida en toda su plenitud; pero propiamente no era el inicio de la jornada.

En este sentido, laudes siempre ha sido la oración de la mañana o, mejor, de la aurora (*orthros*); la plegaria que se rezaba al clarear el día. De ahí que, según repasemos las expresiones de las diferentes familias litúrgicas (romana, ambrosiana, hispánica...), su nombre primitivo fuese *Agenda matutina*, *Matutinorum sollempnitas*, *Psalmi matutini* o, simplemente, *Matutinum*. Más tarde, debido al grupo salmódico (148-150), que lleva el título de «laudes» porque la primera palabra es *Laudate*, se utilizó ese término para designar esta hora del Oficio divino<sup>36</sup>. Después de la paz de Constantino (313), laudes y vísperas constituían ya la plegaria pública cotidiana en las basílicas y en los monasterios.

En la Constitución sobre la sagrada Liturgia se afirma: «Laudes, como oración matutina, y vísperas, como oración vespertina, que, según la venerable tradición de la Iglesia, son el doble quicio sobre el que gira el oficio cotidiano (*duplex cardo Officii cotidiani*), se deben considerar y celebrar como horas principales»<sup>37</sup>. A su vez, la Ordenación general de la Liturgia de las Horas añade: «Esta oración está dirigida y ordenada a santificar la mañana»<sup>38</sup>. El testimonio de la tradición nos habla de tres aspectos involucrados en esta hora:

a) Por ser la oración del momento de alzarse del sueño y la oración del amanecer, la hora de laudes está vinculada con el pensamiento de la resurrección de Cristo, a la que nos referiremos más adelante.

35. Ex 29, 38-42; Num 28, 3-8; Ex 30, 7-8; 1 Cor 23, 30-31.

36. Cfr. J.A. ABAD y M. GARRIDO, *Iniciación a la Liturgia de la Iglesia*, Madrid 1988, 879.

37. SC 89a.

38. OGLH 38.

b) Por coincidir con el momento de la aurora reviste un marcado simbolismo cristológico pues el cántico de Zacarías nos presenta a Cristo como *Oriens ex alto*, como «Sol que nace de lo alto», y el Prólogo del cuarto evangelio como «la Luz verdadera que ilumina a todo hombre»<sup>39</sup>.

c) Los cristianos orientales añaden unas oraciones y unos himnos que evocan el día escatológico, la mañana sin ocaso que proseguirá indefectible en la luz eterna<sup>40</sup>. En todo caso —y esto es válido para toda la familia de liturgias sin excepción—, esta plegaria matinal se caracteriza por la alabanza divina.

¿Qué significado tiene la «luz» que, como vemos, se encuentra en la base de la hora de laudes? En la Liturgia de las Horas, el motivo de la luz presenta la ventaja de englobar en sí dos dimensiones fundamentales para la celebración de la alabanza eclesial: el tiempo y el *opus redemptionis*.

En las oraciones y en los himnos se menciona la luz del día como elemento que señala las fases del tiempo que discurre y que el hombre trata de dividir en horas, días, semanas y años. De este modo procura alcanzar un cierto control y hacerse consciente de esa fuga continua de su propia existencia, que es el tiempo. Los cambios cíclicos de la luz solar están en la raíz de esa distribución del tiempo que llamamos días y, a su vez, de cada jornada en horas. Así pues, referirse al movimiento de la luz es un modo de relacionar la celebración de la plegaria eclesial con el ritmo del tiempo.

De otra parte, el tema de la luz tiene una importante raíz bíblica y, según la Escritura, la luz de Dios que ilumina al hombre es una imagen de su acción salvífica. Cristo es la luz del mundo porque se identifi-

39. Lc 7, 48; Io 1, 9. A este respecto, es notable la fuerza expresiva que un himno de la *Liturgia Horarum* atribuye a Cristo cuando le designa *Aurora totus* (el que es todo y totalmente aurora). El sustantivo latino *aurora* va escrito con letra «a» en mayúscula para reforzar el sentido predicativo que este título cristológico tiene en la estrofa del himno: *Aurora cursus pròvehit; Aurora totus pròdeat, in Patre totus Filius et totus in Verbo Pater. Amen* (La aurora prosigue su curso; emerja con ella Aquel que es todo Aurora: todo el Hijo en el Padre y en el Hijo el Padre todo. Amén), cfr. *Liturgia Horarum*, himno *Aurora iam*, laudes, lunes I y III, estr. 8. Para un comentario a este himno puede consultarse F.M. AROCENA, *Ecclesia laus - Los himnos latinos del Tiempo per annum*, Pamplona 1997, 34-37.

40. También en el nuevo Himnario de la Liturgia romana se recogen algunas estrofas que expresan esta misma idea (cfr. F.M. AROCENA, *Los himnos de la Liturgia de las Horas*, Madrid 1992, 123.311.390).

ca con el *mysterium salutis*, a través del cual la luz inaccesible de Dios alcanza al alma del hombre y la transforma. De ahí que a los cristianos se les llame «hijos de la luz» y sean invitados a caminar y vivir en la luz.

Este carácter central del tema de la luz en el Oficio divino se justifica, además, porque precisamente es en la luz donde se realiza el nexo entre tiempo del hombre y la redención obrada por Dios en el tiempo. Cuando profundizamos en la potencialidad del tema de la luz, llegamos a apreciar que el tiempo de la existencia humana adquiere valor en la medida en que permite al hombre dar una respuesta de amor a la llamada con la que Dios le invita a una vida eterna<sup>41</sup>. Por eso, en definitiva, los cambios de la luz visible, que señalan las divisiones de nuestro tiempo —el tiempo de una vida en la que madurar la vocación a la eternidad— resultan útiles para actuar, jornada tras jornada, la celebración de la alabanza divina, que es acción de gracias a Dios que nos ha manifestado y comunicado su luz en Cristo Jesús.

### 2.3. *La resurrección de Cristo*

Es bien sabido que, en su convivencia con Jesús, los Doce no tenían conciencia de haberse convertido a una nueva religión, sino de haber entendido, con la ayuda de la gracia, la culminación de la antigua en la que habían nacido. Pero, dentro de esa continuidad con la religión del Antiguo Testamento, las palabras y los gestos de Jesús les suponían una honda discontinuidad. Se trataba de un verdadero salto, que en muchos aspectos, dejaba caducos y vacíos muchos conceptos. «Habéis oído que se dijo a los antiguos (...), pero yo os digo»<sup>42</sup>. Era el cumplimiento, por elevación, de esperanzas que databan de hacía muchos siglos. Abrazar la doctrina y la vida de Jesús les conducía a entender que el Mesías largamente esperado era Jesús de Nazaret.

Aquella discontinuidad que, apenas intuida, ya comenzaba a dejarse sentir, alcanzó su cenit en los sucesos históricos de la resurrección y de la ascensión, los cuales llevaron a los discípulos a una ingente transfiguración y profundización en su imagen del Señor. Antes le contem-

41. Cfr. J. PINELL, «Liturgia delle Ore», en *Anamnesis* 5, Genova 1991, 212-213.

42. Mt 5, 22.

plaban en su carne mortal, ahora en su carne glorificada. De ahí, el grito de *Kyrios!* —¡el Señor!—, que no se apartaba de sus labios: en la confesión de Tomás, en los discursos de Pedro, en el grito de Juan desde la barca, pero, sobre todo, en los labios de la primera comunidad cristiana. En el *Kyrios* veían al Señor con todo el poder salvífico universal que radica en su condición teándrica gloriosa.

El acontecimiento cumbre de la resurrección conlleva, pues, el hecho de que la vida eterna es esencialmente resurrección y renovación del hombre entero, de su cuerpo y de su alma. «Yo soy la resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá». «Nos resucitó y sentó juntamente en el cielo en Cristo Jesús»<sup>43</sup>. El cristianismo es el mensaje de la nueva vida y del cielo nuevo y de la tierra nueva.

Pero esta realidad no podía carecer de su reflejo litúrgico inmediato y éste consiste, entre otros aspectos, en que el objeto del discurso litúrgico es precisamente Cristo glorificado. Ya sucede así en el Nuevo Testamento donde, en el Apocalipsis, hallamos el ejemplo de una alabanza litúrgica dirigida a Dios y a Cristo, el Cordero<sup>44</sup>. Conviene destacar, en concreto, que cuando en el Apocalipsis leemos: «Tiene escrito sobre su manto y sobre su muslo un Nombre: “Rey de reyes y Señor de señores”», observamos que el atributo «Rey de reyes y Señor de señores» ha sufrido un desplazamiento desde Dios Padre hasta Cristo. Sería éste un ejemplo que confirmaría la teoría de Mons. Cassien: en la tercera fase de la composición del Nuevo Testamento, Cristo es contemplado como término *ad quem* de la alabanza litúrgica puesto que se le han transferido, *in toto*, los atributos divinos<sup>45</sup>. Y esta es también la idea que

43. Io 11, 25; Ephes 2, 6.

44. Apoc 5, 13; 3, 18.

45. Cfr. M. CASSIEN, «La prière dans le Nouveau Testament», en AA. VV. *La prières des Heures*, Semaine d'Etudes Liturgiques de Saint-Serge 1961 (Lex orandi 35), París 1963, 17-42. A pesar de que para muchos autores la argumentación resulte algo frágil, nos parece ilustrativo reseñar este artículo de Mons. Cassien. En su opinión, atendiendo a la parte que corresponde a Jesús en la forma y contenidos de la oración cristiana, se podría establecer una división tripartita: a) documentos en la historia evangélica. En ellos, Jesús se presenta como ejemplo de oración, o, mejor todavía, ejemplo de orante; b) documentos en la época apóstolica anterior a la destrucción del Templo de Jerusalén. Aquí Cristo es contemplado como Mediador de la oración dirigida al Padre; y c) documentos en el último periodo apóstolico. Durante esta época Cristo se convierte en el término *ad quem* de la alabanza y de la oración. Mons. Cassien subraya la coincidencia cronológica de la destrucción del Templo de Jerusalén con el tránsito del segun-

subyace en las alabanzas que encontramos en las liturgias griegas: se dirigen siempre a la *maiestas Christi*. Incluso en el misal romano la colecta de la misa para el día 24 de diciembre por la mañana se dirige también, aunque sea por excepción, a Cristo. Late, pues, en este punto el evento central de la Pascua.

La Iglesia existe y vive como efecto de la presencia en ella del poder de la muerte y resurrección del Señor. El Espíritu descubre el significado salvífico del misterio pascual, lo hace presente y operante e introduce a todos los hombres en él. La resurrección de Cristo está, por tanto, en el origen de la liturgia de la Iglesia y es el núcleo central de cada una de sus celebraciones<sup>46</sup>.

Si consideramos que a la Liturgia de las Horas le corresponde de modo específico la actuación de una de las vertientes del misterio pascual —la vertiente orante, es decir, el diálogo de los fieles en Cristo con Dios Padre—<sup>47</sup>, no será extraño que en una meditación de los salmos de laudes, cuando el sol apenas comienza a levantarse, la resurrección del Señor sea el *humus* constante y el punto de referencia primero. Así lo pide la naturaleza de la hora y así lo ha entendido y vivido siempre la tradición.

En la resurrección de Cristo, el paso de la muerte a la vida sucedió mediante la intervención del poder del Padre que, resucitó a Cristo, su Hijo en el Espíritu. Para Pablo, Dios ha actuado el máximo de su potencia en la resurrección de su Unigénito<sup>48</sup>. Así, introdujo de modo perfecto su Humanidad santísima en el consorcio trinitario. Esta verdad, predicada desde el principio y no una sola vez por los Apóstoles<sup>49</sup>, justifica la amplia cabida que pueden tener los diálogos entre Jesús y su Padre en la espiritualidad de los salmos matutinos, que tanto fomentan la oración cristológica y que la tradición supo captar con admirable acier-

do al tercer periodo. Para aquellos que habían adorado la majestad de Dios en su santuario de Jerusalén, al desaparecer el Templo, no quedaba más lugar en el que adorar la majestad divina que en la Humanidad santísima del Verbo hecho Carne.

46. Cfr. J. LÓPEZ MARTÍN, *La Liturgia de la Iglesia*, Madrid 1994, 20.

47. Cfr. J. PINELL, «Liturgia delle Ore», en *Anamnesis* 5, Genova 1991, 213 ss.

48. Eph 1, 19-21: «Y cuál es la suprema grandeza de su poder en favor de nosotros, los que hemos creído, según la eficacia de su fuerza poderosa. Ésta ha actuado en Cristo resucitándole de entre los muertos y sentándole a su derecha en los cielos, sobre todo Principado, Potestad, Virtud y Dominación y sobre todo cuanto existe, no sólo en este siglo sino también en el venidero».

49. Cfr. Act 2, 24; 3, 15; 4, 10.

to y profusión, partiendo precisamente de esa realidad. De hecho, con cuánta frecuencia, meditando la estrofa de un salmo, nos parece tener delante al mismo *Pantokrator* en diálogo con su *Abba*...

#### 2.4. *La adoración en Espíritu y Verdad*

El Padre celestial busca o quiere verdaderos adoradores<sup>50</sup>. Pudiera parecer extraño que Dios desee ser adorado y además no de cualquier manera, sino de una forma determinada. Sin embargo, eso es lo que dice el evangelio: que Dios busca —*thetei*— adoradores en Espíritu y Verdad; o sea, adoradores verdaderos. Y eso es lo grandioso y sorprendente: que el Padre nos ame de tal forma que nos «necesite», que nos quiera y nos busque. Eso es lo que entraña el término *querit* que no puede ser leído por encima, sin percibir al menos ese misterio del querer divino que ahí late de modo apasionado y palpitante<sup>51</sup>. De este buscar del Padre escribía Jean Corbon: «la alegría que damos al Padre dejándonos encontrar por él es el ímpetu y la exultación que irradia continuamente la liturgia»<sup>52</sup>.

Dios Padre quiere, en primer lugar, que se le adore «en Espíritu». Según Atanasio, Hilario, Ambrosio y, posteriormente, también Ruperto de Deutz, es hoy opinión prácticamente unánime que se trata de la acción del Espíritu Santo. Esta intervención pneumatológica es necesaria ya que la verdadera adoración es una oración que responde a la realidad divina revelada por Jesucristo y para alcanzar esa realidad se requiere, como sabemos, la ayuda del Espíritu Santo. Por tanto, el culto «en Espíritu» es aquel que suscita en el orante el mismo Espíritu de Dios. Un culto que tiene por motor inspirador al mismo Espíritu; un culto, pues, pneumatológico<sup>53</sup>.

50. Cfr. Io 4, 23.

51. Cfr. A. GARCÍA MORENO, «Adorar al Padre en Espíritu y verdad», en *Scripta Theologica* 23/3 (1991) 815 ss.

52. J. CORBON, *Liturgia fundamental*, Madrid 2001, 69.

53. Este tema, como desarrollo de un aspecto que la *Sacrosanctum Concilium* apenas había incoado, ha recibido un sólido respaldo magisterial en la introducción a la sección litúrgica del Catecismo de la Iglesia Católica (cfr. CCE 1091-1109), *locus* donde intervino decisivamente la pluma de J. Corbon (para un conocimiento más pormenorizado de esta cuestión, cfr. la conferencia del Cardenal arzobispo de Viena C. Schönborn en marzo del 2002 en Beyrut, J. CORBON, *Liturgia y oración*, Madrid 2004, apéndice 227-242).

El Padre busca, además, una adoración «en verdad». En esta breve cláusula, «verdad» equivale a revelación, es decir, el don que nos ha permitido conocer a Dios como Padre. Don de la revelación que nos ha llegado por medio de las palabras y los gestos de Jesús. Adorar al Padre en verdad es adorarle según el conocimiento que de él tenemos.

La adoración de un cristiano ha de ser conforme a la revelación de Cristo, centrada por consiguiente, en la realidad de la paternidad de Dios, centrada en nuestra filiación adoptiva. De ahí que el modelo de nuestra adoración sea la adoración de Cristo. Más aún, ha de ser una participación en la plegaria del mismo Jesús. La adoración debe ser, pues, cristológica. «Adorar en verdad» es identificar a Cristo con la verdad, apoyados en que él mismo se autodefine al decir «Yo soy la verdad»<sup>54</sup>.

Que la adoración sea cristológica conlleva no sólo que él sea el intercesor, sino, sobre todo, que hemos de adorar al Padre en él. Surge aquí una adoración nueva en cuanto al modo de hacerla y distinta de la veterotestamentaria porque se funda en las nuevas relaciones del hombre con Dios que con Cristo han quedado inauguradas. Relaciones filiales que impulsan a adorar a Dios con amor de hijos, no con temor de siervos. Es quizá en esta dirección en la que podría interpretarse la fórmula «adorar en verdad». De hecho, en la *lex orandi*, y más concretamente en un antiguo responsorio de fuerte sabor agustiniano, hallamos resumidas estas ideas con precisa sobriedad: «Ruega Cristo por nosotros, como sacerdote; ruega en nosotros, como cabeza nuestra, es invocado por nosotros, como Dios»<sup>55</sup>.

Concluimos, en definitiva, que el culto divino, *ad mentem Iesu*, ha de ser trinitario. Es así, bajo la batuta del Espíritu y unidos a Cristo, que ora en nosotros en cuanto cabeza, como debemos adorar al Padre.

54. Io 14, 6.

55. *Liturgia Horarum, Responsorium ad lectionem alteram Dominicae III temporis per annum: R. Orat Christus pro nobis, ut sacerdos noster; orat in nobis, ut caput nostrum; oratur a nobis ut Deus noster.\* Agnoscamus ergo in illo voces nostras et voces eius in nobis. V. Quando loquimur ad Deum deprecantes, non inde Filium separemus.* El texto se encuentra como responsorio a la lectura de los números 7-8.106 de la *Sacrosanctum Concilium*, en donde se trata precisamente de la presencia de Cristo en su Iglesia, sobre todo en sus acciones litúrgicas. El mencionado responsorio se toma de AGUSTÍN, *Comentarios a los salmos*, 85, 1.

### 3. LA HORA DE VÍSPERAS

La Ordenación general de la Liturgia de las Horas dedica un denso párrafo destinado a describir los rasgos que configuran la oración vespertina de la Iglesia<sup>56</sup>:

«Se celebran las Vísperas por la tarde, cuando ya declina el día, “en acción de gracias por cuanto se nos ha otorgado en la jornada y por cuanto hemos logrado realizar con acierto”. También hacemos memoria de la redención por medio de la oración que elevamos “como el incienso en presencia del Señor”, y en la cual “el alzar de nuestras manos” es “como ofrenda de la tarde”. Lo cual “puede aplicarse también con mayor sentido sagrado a aquella verdadera ofrenda de la tarde que el divino Redentor instituyó precisamente en la tarde en que cenaba con los apóstoles, inaugurando así los sacrosantos misterios de la Iglesia, y que ofreció al Padre en la tarde del día siguiente, que representa la cumbre de los siglos, alzando sus manos por la salvación del mundo”. Y para orientarnos con la esperanza hacia la luz que no conoce ocaso, “oramos y suplicamos para que la luz retorne siempre a nosotros, pedimos que venga Cristo a otorgarnos el don de la luz eterna”. Precisamente en esa hora concuerdan nuestras voces con las de las Iglesias orientales, al invocar a la “luz gozosa de la santa gloria del eterno Padre, Jesucristo bendito; llegados a la puesta del sol, viendo la luz encendida en la tarde, cantamos a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo...”».

La profusión de motivos que se entrecruzan en este párrafo nos invitan a un desglose que aborde separadamente los diversos aspectos implicados en él.

#### 3.1. *Los salmos de Vísperas*

Al igual que hicimos con la espiritualidad de laudes, comencemos considerando aquellos salmos que se incluyen en la Liturgia de las Horas como salmos vespertinos, ó, en otras palabras, salmos incluidos en el oficio de vísperas: son un total de cuarenta y cinco. No todos los salmos sirven para expresar lo mismo, ni todos tienen una idéntica valencia ora-

56. OGLH 39.

cional. A lo largo de las cuatro semanas, diez de ellos aparecen divididos en dos secciones.

En vísperas no hay repeticiones; los salmos se emplean una sola vez, exceptuado el 109, que aparece cuatro veces, una en cada segundas vísperas de domingo, siempre con el mismo título: «El Mesías, Rey y Sacerdote»<sup>57</sup>. Para las vísperas, desgraciadamente, no se ha conservado el uso de un salmo lucernario, como sucede en otras familias litúrgicas<sup>58</sup>.

Si para laudes, el antiguo Oficio romano seleccionó unos pocos salmos que se repetían casi a diario, para vísperas, en cambio, la antigüedad procedió de otra forma: no seleccionó salmos apropiados para el fin de la jornada sino que se limitó a tomar una parte de los salmos de la Biblia en orden simplemente numérico y los recitó uno tras otro. Así, los salmos de vísperas en el antiguo Oficio romano constituían una lectura continua que se iniciaba el domingo en las segundas vísperas con el salmo 109 y terminaba el sábado con las primeras vísperas del domingo con el 144.

Si comparamos, pues, la salmodia de laudes con la de vísperas, tal y como aparece en el antiguo Oficio romano, constatamos que la antigüedad conoció un doble uso del salterio: salmos seleccionados para laudes y salmos en lectura continua para vísperas. En este sentido, ¿en qué consistieron los trabajos de la reforma litúrgica? O, en otras palabras: ¿qué criterios orientaron en la década de los sesenta los trabajos de selección de salmos para el oficio de vísperas?<sup>59</sup> Esas pautas fueron fundamentalmente tres: a) la identidad propia del domingo, b) la conservación de los salmos tradicionales de vísperas y c) la facilidad de algunos salmos para la oración popular de la noche<sup>60</sup>. Glosaremos brevemente los tres criterios.

57. El salmo 109 ha pasado de ser simplemente festivo a ser propiamente dominical. Porque lo que celebra el salmo 109 es la victoria de Cristo, no se usa ya en las fiestas de santa María o de los Santos (a no ser en aquellas fiestas que tienen relación especial con el misterio de Cristo, como, por ejemplo, el misterio de la encarnación que el calendario romano celebra el día 25 de marzo).

58. Cfr. J. GIBERT, «Los salmos», en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Madrid 1989, 1866.

59. Cfr. A. BUGNINI, *La riforma liturgica*, Roma 1983, 484 ss, 504 ss, 514 ss.

60. Cfr. P. FARNÉS, «Los salmos de vísperas», en *Orar los salmos en cristiano*, Dossiers CPL 43, Barcelona 1990, 82 ss.

a) Desde el siglo V, en las segundas vísperas de los domingos se cantaban los salmos 109-113. Y estos mismo salmos, aunque distribuidos en varias semanas se conservan también actualmente en el oficio de vísperas de los domingos. Ahora bien, aunque materialmente los salmos de antes coincidan con los de ahora, sin embargo, el motivo de su presencia actual en las vísperas dominicales ha variado. Antes se trataba simplemente del inicio de la lectura de un grupo continuo de salmos que se iniciaba la tarde del domingo y concluía la tarde del sábado. Ahora, en cambio, estos mismos salmos se conservan debido a su contenido idóneo para la celebración dominical.

b) De otra parte, unos mismos salmos acompañaron la celebración vespertina de la Iglesia durante más de quince siglos. Muchos Santos, sin duda, meditaron largamente estos mismos textos, mientras salmodiaban a la puesta de sol en sus respectivas iglesias o abadías. No parecería, pues, justo que se hiciera tabla rasa de un uso tan perseverante de la salmodia de vísperas en la Iglesia latina. Tanto más cuanto que el Concilio determinó explícitamente que en la reforma litúrgica se debía conservar la sana tradición de tal modo que las nuevas formas que se proyectaran debían desarrollarse «orgánicamente a partir de las ya existentes»<sup>61</sup>. Se imponía, por consiguiente, que, junto al principio de seleccionar salmos para los domingos, se repasara también el contenido de los salmos tradicionalmente asignados, desde hacía siglos, a las vísperas y se conservaran, en la medida de lo posible, en esta misma hora. Este criterio justifica la actual presencia de salmos de vísperas en orden más o menos correlativo.

c) Por último, la salmodia vespertina en la actual Liturgia de las Horas no sólo ha conservado los salmos de vísperas tradicionales sino que, para cubrir las cuatro semanas en las que se distribuye ahora el salterio —antes se distribuía en una única semana—, se han buscado otros salmos nuevos en las ferias que van desde el lunes de la primera semana hasta el jueves de la segunda. Para esta nueva parte de la salmodia se quiso dar, como principio general, una orientación pastoral. Como vísperas era la hora del oficio en la que más factible resulta la participación del pueblo, se han querido buscar unos salmos que favo-

61. SC 23.

rezcan la fácil inteligencia de los textos. Se trata de salmos que pueden tener especial significado para la oración de la noche: salmos de confianza, de acción de gracias, de reflexión sapiencial, de contemplación de la realeza de Cristo... Esta nota se hace notoria a cualquiera que medite regularmente con cierta atención la salmodia vespertina. Repasar todos estos matices nos ayuda a dar a la celebración de vísperas su carácter distintivo.

En efecto, sucede que, a pesar de que, desde un punto de vista meramente externo, laudes y vísperas son dos horas que se parecen mucho, tanto históricamente, como debido a su contenido, uno y otro oficios presentan una significación global marcadamente distinta. Por este motivo, antes de exponer unas breves notas en torno a la identidad específica de la espiritualidad de vísperas, hemos preferido empezar analizando su salmodia. La espiritualidad de vísperas se divisa desde la atalaya de sus salmos. Son fundamentalmente los salmos vespertinos los que aportan a las vísperas su matiz propio. Celebrar vísperas con el mismo espíritu con que se celebran laudes ni es enriquecedor, ni conduce a la oración en Espíritu y Verdad, que el Padre desea<sup>62</sup>.

### 3.2. *La espiritualidad de la Hora de Vísperas*

Así pues, sería un error, de consecuencias empobrecedoras, considerar que las horas del oficio tienen un sentido amorfo, indiferenciado o, peor aún, intercambiable. Y, si esto es cierto para todas las horas del oficio, cuánto más para las cardinales: laudes y vísperas. En nuestro caso, la belleza poética del ocaso presta su fisonomía propia a la oración eclesial de la tarde. Es el ritmo mismo del universo el que imprime esta variedad. Y es el *mysterium salutis*, que ha entrado en el tiempo, viniéndose a incrustar en la historia, el que empapa de su trascendencia los diversas etapas de cada jornada.

Desde muy antiguo, las vísperas están íntimamente unidas a la puesta de sol, que es al mismo tiempo, conclusión del día y comienzo de la noche. De ahí que su nombre primitivo fuese «Lucernario» y «Duo-

62. Io 4, 23.

décima». Sinónimo de vísperas, el término «lucernario» proviene del uso judeo-cristiano de saludar ritualmente a la luz, cuando, al hacerse de noche, se encendía la lámpara, convertida enseguida en símbolo de Cristo, Luz indefectible, y se daba comienzo a la vigilia dominical, con el consabido ágape<sup>63</sup>. La peregrina Egeria atestigua que en Jerusalén, antes de la oración de la tarde, se tenía en *licinicon*, que consistía en encender las lámparas; después venían los «salmos lucernares». Por su parte, el término «Duodécima» indica la última hora anterior a la puesta del sol. Esta denominación es menos frecuente.

En efecto, las vísperas son, en primer lugar y ante todo, la oración del atardecer. Así lo indica, una y otra vez, el título inicial correspondiente a cada día en los cuatro volúmenes de la edición oficial de la Liturgia de las Horas para España. Es la hora del crepúsculo —dicen los himnos—, cuando el sol, en su lento discurrir hacia el ocaso, va dejando a las cosas de luto, cuando el aire se empapa del silencio que trae consigo la noche y se busca la ansiada quietud<sup>64</sup>. Es la hora en que, aún sin ser tan tributarios como los antiguos de la luz del sol, la mayoría de los hombres suspenden sus tareas.

También es la hora en que, en general, se tienen que encender las lámparas. A comienzos del siglo II, el Pseudo-Hipólito proponía para los días en que los cristianos se reunían al atardecer con el obispo para el ágape, una acción de gracias por la luz: la luz del día que nos ha sido dada y la luz de la noche que no nos falta. Pero ante todo, una acción de gracias por la «luz incorruptible», que nos ha sido revelada en Jesucristo<sup>65</sup>. Así, más allá del gesto de la vida cotidiana, se empalmaba con el tema de Cristo-luz. Este aspecto se encuentra reflejado en el admirable himno «Luz gozosa» (*Lumen hilarum*), tal y como ya lo encontramos en Basilio<sup>66</sup>. En

63. La celebración del Oficio vespertino en el antiguo rito hispánico se iniciaba precisamente con una ceremonia llamada *oblatio luminis*. El rito consistía en un gesto ritual del diácono, al inicio de la celebración: una vez encendida la llama de un cirio, el mismo diácono la elevaba ante el altar, en actitud de ofrecimiento, y pronunciaba la aclamación *In nomine Dómini nostri Iesu Christi, lumen cum pace!*, a lo que la asamblea respondía *Deo gratias*.

64. F.M. AROCENA, «El día y la noche en los Himnos», en *Phase* 205 (1995) 50-51.

65. PSEUDO-HIPÓLITO, *La tradición apostólica*, 25.

66. «*Lumen hilarum sanctæ gloriæ æterni Patris cælestis, beatum Iesum Christum; ad occasum solis perducti, videntes lumen vespertinum, canimus Patrem et Filium et Spiritum Sanctum ...*» (Cfr. IGLH 39 y BASILIO, *De Spiritu Sancto*, 27, 72).

Oriente, continúa siendo la cumbre de la celebración de vísperas y los domingos da lugar a una procesión. La versión castellana, cuya musicalización es reciente, comienza su primera estrofa precisamente con estas palabras:

«Luz gozosa de la gloria, Jesucristo,  
Luz eterna de Dios Padre,  
Tú eres digno de alabanza  
por los cantos de tus siervos.

Al llegar el ocaso del sol,  
contemplando la luz de la tarde,  
te alabamos, Señor, Luz eterna ...»

Antiguamente, los romanos llamaban «Véspero» a Venus, al astro luminoso de la tarde, que empieza a hacerse visible con el caer de las sombras. Éste es el motivo que explica por qué Venus aparece citado con relativa frecuencia en los himnos de la Liturgia de las Horas<sup>67</sup>. En la Ordenación general de la Liturgia de las Horas se afirma, como ya hemos mencionado, que las vísperas «se celebran por la tarde, cuando ya declina el día, en acción de gracias por cuanto se nos ha otorgado en la jornada y por cuanto hemos logrado realizar con acierto»<sup>68</sup>.

De modo semejante a como la mañana evoca la resurrección de Cristo, la oración de vísperas hace memoria de su pasión. El sacrificio vespertino que se realizaba en el Templo de Jerusalén no era más que la sombra del único sacrificio de Cristo, el «verdadero sacrificio vespertino», como afirma Juan Casiano<sup>69</sup>. Y así, la oración de vísperas conmemora el misterio de la santa cena del Señor, celebrada por la tarde y recuerda la muerte de Cristo, con la que se cerró su jornada terrena.

Las vísperas expresan la espera de la llegada definitiva del reino de Dios, que se producirá al final del día cósmico; aquel *ultimum mane*, aquel último amanecer y definitivo para siempre, del que nos habla un himno del Oficio<sup>70</sup>:

67. F.M. AROCENA, *Los himnos de la Liturgia de las Horas*, Madrid 1992, 40.

68. OGLH 39.

69. CASIANO, *Instituciones cenobíticas*, lib. 3, c. 3, 9-10.

70. Cfr. *Liturgia Horarum*, himno *Aurora iam*, laudes, sábado I y III, estr. 3, v. 1.

<i>Ut mane illud ultimum, quod præstolamur cernui, in lucem nobis effluat, dum hoc canore concrepat.</i>	Y, mientras entonamos para ti, Señor, las notas de este canto, te pedimos que estalle para nosotros en luz, <i>aquel último amanecer</i> en el que esperamos con humilde confianza.
--	---

La celebración de vísperas tiene, pues, un sentido escatológico referido a la última venida de Cristo. Convendría, por consiguiente, que la celebración nos hallara en sintonía con aquella disposición interior que se expresa en los ritos de la comunión eucarística: «...mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo»<sup>71</sup>.

Las vísperas son el símbolo de los obreros de la viña de la Iglesia, los cuales, al final de su jornada, se encuentran con el dueño para recibir, más que la recompensa por el trabajo, el don generoso de su amor<sup>72</sup>. La Iglesia, que ha sido acompañada por Cristo en su camino de la jornada, llegada la última hora, le dice: «Quédate con nosotros porque anochece»<sup>73</sup>. Éste es el sentido de una oración vespertina del oficio, en la que escuchamos los ecos del pasaje de Emaús:

<i>Mane nobiscum, Domine Iesu, quoniam advesperascit, et nos comitans in via, refove corda, spem excita miseratus, ut te in Scripturis et in fractione panis cum nostris fratribus agnoscamus. Qui vivis.</i>	Quédate con nosotros, Señor Jesús, porque atardece; sé nuestro compañero de camino, levanta nuestros corazones, reanima nuestra débil esperanza; así nosotros, junto con nuestros hermanos, podremos <b>reconocerte</b> <b>en las Escrituras</b> <b>y en la fracción del pan.</b> Tú que vives y reinas.
---	--

La misma idea aparece recogida también en otro himno vespertino<sup>74</sup>:

71. Misal Romano, 564.

72. Mt 20, 1-16.

73. Lc 24, 29.

74. Cfr. Liturgia de las Horas, himno *Horis peractis*, laudes, sábado I y III, estr. 2 y 3.

*Labor diurnus transiit  
quo, Christe, nos conduxeras;  
da iam colonis vineæ  
promissa dona glorie.*

Transcurrida esta jornada de trabajo,  
en la que Tú, Cristo, fuiste nuestro guía,  
danos el don prometido de la gloria,  
a quienes hemos sido obreros de tu viña.

*Mercede quos nunc advocas,  
quos ad futurum muneras,  
nos in labore adiuva  
et post laborem recrea.*

Convocados a esta hora  
para percibir el salario,  
en la esperanza de tu recompensa futura,  
asístenos en los trabajos  
y confórtanos, tras acabarlos.

A la hora del crepúsculo, la Iglesia pide también perdón a Dios por las manchas que podrían haber sustraído blancura a su vestido inmaculado a causa de los pecados de sus hijos. Éste es el eje en torno al cual giran dos oraciones conclusivas de vísperas<sup>75</sup>:

*Deus, qui Lumen indeficiens  
merito prædicaris,  
nobis, ad hanc horam adductis,  
et tenebras, quæsumus, illuminare,  
et delicta dignare  
propitiatus ignoscere.  
Per Dominum.*

Señor,  
Tú que con razón eres llamado  
Luz indeficiente,  
ilumina nuestro espíritu,  
en esta hora  
vespertina,  
y dígnate **perdonar benignamente  
nuestras faltas.**  
Por nuestro Señor Jesucristo.

*Gratias, tibi, Domine,  
transacto diei cursu deferimus,  
tuamque misericordiam  
supplices imploramus,  
ut, que per fragilitatem  
carnis contraximus,  
benignus ignoscas.  
Per Dominum.*

Dios todopoderoso,  
te damos gracias por el día que termina  
e imploramos tu clemencia  
para que **nos perdones benignamente  
todas las faltas  
que, por la fragilidad  
de la condición humana,  
hemos cometido** en este día.  
Por nuestro Señor Jesucristo.

75. Cfr. Liturgia de las Horas, oración conclusiva de vísperas del lunes III y del jueves III.

Todos estos ejemplos presentan expresiones contenidas en himnos y plegarias de la eucología del Oficio cuyo contenido sólo cobra valor y sentido a la luz de una justa comprensión de la espiritualidad de vísperas. Estos significados, junto con el debido respeto a la sacramentalidad de la hora, deberían impedir que se hiciera de este oficio un acto de culto de la primera parte de la tarde, en el espacio que corresponde a la hora de Nona.

Señalemos, por último, dos aspectos específicos de la oración eclesial vespertina. De una parte, los textos inspirados para la *lectio brevis* de Vísperas se toman sólo y siempre del Nuevo Testamento. El motivo estriba en que, en la salmodia de Vísperas, el último cántico es siempre del Nuevo Testamento; por ello, la lectura breve no puede retornar al Antiguo Testamento, toda vez que ha precedido un texto del Nuevo<sup>76</sup>. Por el contrario, la lectura breve de Laudes puede tomarse indistintamente del Antiguo o del Nuevo; nada lo impide, ya que el texto bíblico inmediatamente precedente ha sido un salmo<sup>77</sup>. De otra parte, las Preces vespertinas: así como los formularios de Laudes acostumbran a ver como destinatario de la intercesión a la misma asamblea que celebra por la mañana, los formularios de Vísperas, por contraste, parecen tener ante sus ojos un receptor más universal, amplio y variado (la Iglesia, el mundo, los presbíteros, las vírgenes consagradas, el pueblo judío, los legisladores, los estudiosos, los artistas... los difuntos), pero no directamente a la asamblea. Durante el tiempo *per annum*, además, sucede a menudo ¿sin llegar a constituir una regla fija? que si las Preces matinales han tenido como término *ad quem* al Padre, las vespertinas lo tengan a Cristo, o viceversa<sup>78</sup>.

76. Este principio ha supuesto una dificultad concreta con referencia a las fiestas de santa María para las que, si resultaba relativamente fácil encontrar imágenes prefigurativas en el Antiguo Testamento, resulta, en cambio, más costoso encontrar textos no evangélicos del Nuevo Testamento que aludan al misterio de María. De ahí que las fiestas marianas se vean casi limitadas a usar el texto del Nuevo Testamento (Gal 4, 4-5) y algún versículo del Apocalipsis.

77. El motivo que justifica que el cántico bíblico matutino se halle no al final de la salmodia, como en Vísperas, sino ubicado entre dos poemas, consiste en que se ha buscado que el último salmo de Laudes sea siempre doxológico, acorde con la naturaleza de esta Hora, que celebra la resurrección del Señor. Este tercer y último salmo arraca siempre con expresiones como *laudate, iubilate, plaudite, exsultate...* Es siempre un canto doxológico que precede a la proclamación de la lectura breve.

78. Cfr. V. RAFFA, «Arricchimento eucologico dell'Ufficio divino», en *Rivista di pastorale liturgica* 46 (1971) 296-307; cfr. J.D. GAITAN, *La celebración del tiempo ordinario*, Barcelona 1994, 49.

#### 4. CONCLUSIÓN

La Iglesia pone en nuestras manos el salterio para que la palabra de Dios se convierta en oración del hombre. Quien desee encontrar condensada toda la riqueza de actitudes que caracterizan al hombre de oración, no tiene más que abrir este libro inspirado que contiene los ciento cincuenta salmos. Desde esa atalaya es posible considerar los méritos de Jesús, las relaciones filiales con su Padre, su sacerdocio, sus dolores, anhelos, plegarias y, sobre todo, el amor que anida en su Humanidad santísima.

En el binomio Dios-hombre, gracia-libertad, amor-correspondencia, el modo propio de estimular la lucha interior por la santidad —ser hijos en el Hijo mientras anhelamos la plenitud de esa filiación— consiste en dirigir la mirada a Cristo Jesús. Por eso, mientras recorremos los salmos del oficio divino, nos unimos a aquellos sentimientos de Cristo a fin de que suplan nuestra propia indignidad, nuestras negligencias. De este modo, la gracia irá adquiriendo soberanía en nuestras vidas y el santo *Pneuma* del Señor completará los esfuerzos y la lucha de quienes procuramos servirle con un cuerpo limpio y agradarle con un corazón sincero, que sea de su agrado.

Ojalá que la reflexión precedente, que ha procurado beber de las fuentes más cristalinas de la Iglesia —la liturgia y los Padres—, aviven en nuestro interior un profundo sentimiento de compunción por la propia miseria y, sobre todo, un incesante homenaje de adoración y acción de gracias al Señor, hasta el día en que la alabanza constituya, al fin, la nota dominante de nuestras vidas, transfiguradas ya en un eterno *alelu-ya!* Entonces, la inteligencia será enaltecida y cualquier deseo, superado.

Félix María AROCENA  
Facultad de Teología  
Universidad de Navarra  
PAMPLONA